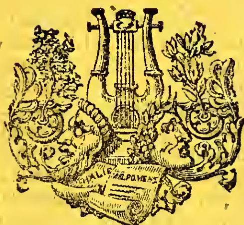
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VENTA ENCANTADA,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1859.

10

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy..........	V. de Martí é hijos.
Algeciras.......	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Aranjuez.......	Prado.
Avila..........	Rico.
Badajoz........	Orduña.
Barcelona	Viuda de Mayol.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	V. de Moraleda.
Castrourdiales ..	Saenz Falceto.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon.......	Gutierrez.
Ciudad-Real....	Arellano.
Coruña	Garcia-Alvarez.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Chiclana	Sanchez.
Ecija	Garcia.
Figueras.......	Conte Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon..........	Sanz Crespo.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva.........	Osorno.
Huesca	Guillen.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez..........	Bueno.
Leon..........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Zara y Suarez.
Lugo..........	Pujol y Masia.
Lorca..........	Delgado.
Logroño	Verdejo.
Loja...........	Cano.
Málaga.........	Cañavate.
Mataró.........	Abadal.
Motril	Ballesteros.
Murcia.........	Hermanos de A-drion.
Manzanares.....	Acebedo.
Mondoñedo.....	Delgado.
Orense.........	Robles.
Oviedo.........	Palacio.
Osuna.........	Montero.
Palencia	Gutierrez é hi
Palma	Gelabert.
Pamplona......	Barrena.
Palma del Rio...	Gamero.
Pontevedra.....	Cubeiro.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Puerto-Rico	Marquez.
Reus..........	Prins.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Esper.
San Fernando...	Meneses.
Santa Cruz de Tenerife........	Ramirez.
Santander......	Laparte.
Santiago	Escribano.
Soria..........	Rioja.
Segovia.........	Alonso.
San Sebastian...	Garralda.
Sevilla.........	Alvarez y Con
Salamanca......	Huebra.
Segorbe........	Clavel.
Tarragona......	Aymat.
Toro	Tejedor.
Toledo.........	Hernandez.
Teruel.........	Castillo.
Tuy	Martz. de la Cr
Talavera	Castro.
Valencia	Moles.
Valladolid	Hernainz.
Vitoria.........	Galindo.
Villan.ª y Geltrú.	Magin Beltran compañia.
Ubeda	Treviño.
Zamora	Calamita.
Zaragoza.......	V. Andrés.

LA VENTA ENCANTADA.

LA VENTA ENCANTADA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON ADOLFO GARCIA.

MÚSICA DE

D. ANTONIO REPARAZ.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1859.

AL EXCMO. SEÑOR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Muy señor mio: Hace mas de dos años me dió V. palabra de no escribir una zarzuela que tenia en proyecto, y cuyo asunto pensaba tomar del inmortal libro de Cervantes en la parte que refiere la aventura de CARDENIO: V. supo entonces que yo habia presentado en el teatro de la Zarzuela úna con el mismo argumento, y á la que titulé LA VENTA ENCANTADA. Es decir, que usted sin conocerme me dispensó un favor de grande importancia.

Agradecido á tan caballeroso proceder, y deseando dar á usted públicamente una prueba de mi reconocimiento, me tomo la libertad de dedicarle esta modestísima obra, que si hoy sale á luz pública y mañana acaso se presenta en la escena, lo debe á un acto de su generosidad, y al respeto con que miran su palabra empeñada los hombres pundonorosos y caballeros.

Tengo el honor de repetirme á sus órdenes atento y agradecido servidor Q. B. S. M.

Adolfo Garcia.

PERSONAJES.

LUSCINDA.
DOROTEA.
D. QUIJOTE.
CARDENIO.
D. FERNANDO.
SANCHO PANZA.
EL CURA.
EL BARBERO.
AMBROSIO..
UN VENTERO.
Caballeros, pastores, cuadrilleros, estudiantes, etc.

ACTO PRIMERO.

La accion tiene lugar en uno de los puntos mas escabrosos de Sierra-Morena. En el fondo montañas practicables, quebradas y unidas entre sí por un puente rústico. Perdiéndose en lontananza y cerrando el paisaje, los picos de la cordillera que se prolonga á lo lejos. A la izquierda del espectador una cabaña con puerta tambien practicable y parte de los rediles. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

AMBROSIO y el CORO DE PASTORES, que estan acostados y comienzan á levantarse cuando se alza el telon.

CORO. Ya del monte la cumbre se dora
con un rayo de luz de la aurora,
y volando las nieblas se van:
despertad,
que en el bosque nos llaman las aves
con alegre y sonoro cantar.

—

De esmeraldas revístese el prado:
los rediles rompiendo el ganado
impaciente se escucha balar
por marchar.
Si, marchemos, que al valle desciendan
con alegre y gozoso triscar.

AMB. Ea, muchachos, sacad
de los rediles las cabras
y sacudid la pereza.

UNO. Vamos.

OTRO. Al trabajo.

OTRO. En marcha.

(Los pastores se retiran y queda Ambrosio solo)

ESCENA II.

AMBROSIO, el CURA, el BARBERO y SANCHO PANZA, que aparecen por el lado izquierdo en lo alto de las montañas practicables, atraviesan el puente y bajan á la escena cuando lo indica el diálogo.

CURA. Largo es el camino, Sancho.

SANCHO. Segun el refran, no hay nada
largo en el mundo, si á ello
la eternidad se compara.

BARB. ¿Y es en estas asperezas
donde el hidalgo se halla?

SANCHO. Aqui nos darán noticia,
pues buscarlo entre estas zarzas
es buscar á un tuerto en Roma
ó á un letrado en Salamanca.

(Durante este diálogo habrán llegado á la mitad de la escena)

Dios le guarde, buen amigo.

(Dirigiéndose á Ambrosio.)

AMB. Él venga en vuestra compaña.

SANCHO. ¿Pudierais decirme dónde
hallaré aqui á uno que anda
imitando á... no me acuerdo
qué sé yo quién de la jaula?

AMB. ¿Á un loco?

SANCHO. ¡Quiá! No está loco.

AMB. Entonces...

SANCHO. ¡Ah! si, si; ¡vaya!
justo; loco. Me olvidé
que al llegar á estas montañas
determinó mi señor
perder el juicio.

AMB. ¡Calla! (Como recordando.)
Ese será uno alto, seco,
que dijo que se llamaba
don Jigote... ó...
SANCHO. Don Quijote:
el mismo que viste y calza.
AMB. Cual su madre le echó al mundo,
de aquella sierra en la falda
lo hemos visto con los riscos
darse de calabazadas.
SANCHO. ¡Pobre señor!... y es el caso
que si respuesta á su carta
espera, por esta vez
puede sentarse á esperarla,
pues la carta y la cartera
las perdí en hora menguada.
CURA. (Al Barbero.)
Exploraremos á Sancho,
á fin de que todo salga
mejor.
BARB. Dejadme á mí solo
con él.
(Acercándose á Sancho, que sigue preocupado.)
Con que Sancho... vaya,
¿sabes ya dónde se encuentra?
SANCHO. Ya lo sé.
BARB. ¿Y no te retractas
de habernos asegurado
que con toda confianza,
se le puede encomendar
un negocio de importancia?
Ya ves tú... como en la aldea
se ignora lo que le pasa,
no sabemos...
SANCHO. ¿No sabeis
toda la gloria y la fama
que ha alcanzado? Pues oid,
que os lo diré en dos palabras.

CANTO.

(Callaré lo del molino
y los vuelos de la manta;
callaré de los yangüeses
la aventura de la estaca;
los percances de aquel moro,
de los presos las pedradas;
callaré en fin tanto, tanto
como en estas malandanzas
por pecados del juicio
han purgado las espaldas.)
Mas ya veo que aguardais
á que os diga en dos palabras
cuanto han hecho por los mundos
don Quijote y Sancho Panza.

—

Cien doncellas afligidas,
por gigantes perseguidas,
cien fantasmas prodigiosos,
cien vestiglos horrorosos
ha salvado y ha vencido mi señor.
En castillos encantados,
de visiones mil poblados,
en la noche mas sombria
con arrojo y valentia
despreciando los peligros penetró.
Por eso en su ayuda
le llaman los reyes,
y al verlo las hembras,
rompiendo las leyes
que impone á las damas
severo el pudor,
por ver si ablandarle
sus mimos consiguen,
le ruegan, le llaman,
le celan, le siguen,
en fin, lo atosigan
á fuerza de amor.

HABLADO.

BARB. Siendo asi, vas el objeto
á saber de esta jornada:
es el caso que la reina
del Micomicon se afana
en busca de un caballero
valiente, que de librarla
sea capaz de un giganton
que la oprime.

SANCHO. Anda... anda;
gigantes á don Quijote
son guindas á la tarasca.

BARB. Ella asi lo cree, y pronto
estará en estas cabañas:
con que dile á tu señor
que por respuesta á su carta,
Dulcinea del Toboso
que acabe esta empresa manda.

SANCHO. Voy volando...

CURA. Mas no digas
que nos has visto.

SANCHO. ¿No?

CURA. Vaya,
pues si eso es lo principal.

SANCHO. (Sancho, haz un esfuerzo y calla,
que asi pronto serás duque
y duquesa Mari Sancha.)
Vamos en busca de un reino,
que nos hace buena falta.
Con él solo olvidaré
los garrotazos, la manta
y la pérdida del rucio, (Enterneciéndose.)
que hasta tanto he de llorarla.
Los duelos con pan son menos;
ya hay duelos, solo el pan falta.
(Se vá por el fondo, sube las montañas practicables, atraviesa el puente y desaparece por la derecha entre los picos de los peñascos.)

ESCENA III.

DICHOS, menos SANCHO PANZA.

AMB. (Que durante la escena anterior habrá figurado andar arreglando los rediles, etc., vuelve al proscenio y se dirige al Cura.)
Por lo que tengo entendido
es al loco de la lanza
á quien buscais.
BARB. ¿Pues hay otro?
AMB. Otro desdichado anda
tambien por aqui.
CURA. ¿Y se sabe
de su locura la causa?
AMB. Amores, segun parece.
CURA. ¡Desgraciado!... ¿y dónde para?
AMB. Anda errante, mas á intervalos
vuelve á su razon y baja
de esos picos, donde vive,
á este lugar... Pero calla...
(Vá hácia el fondo y mira à lo lejos.)
miradle, señor.
CURA y BARB. ¿Es él?¡
AMB. Él es y á este sitio avanza.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y CARDENIO. Este, que aparece en lo mas alto de las montañas, demuestra en la expresion de su rostro y en los cambios de volubilidad y calma de sus movimientos la enagenacion mental que padece. Desde el momento que asoma y durante toda la escena, la música preludia un motivo que vá desarrollándose y siguiendo el curso de sus palabras. Para su traje téngase presente la magnífica descripcion que de él hace Cervantes. El Cura y el Barbero, alverle bajar de la montaña, atravesar el puente y descender al proscenio sin apercibirse de su presencia, se retiran al fondo para observarle.

CARD. Reina el silencio en torno;

nace la luna y sus balcones baña
de fantástica luz; ella me espera,
me espera palpitando
de impaciencia y amor; auras suaves,
llevad con el perfume
de las nocturnas flores,
llevad hasta sus verdes celosias,
envueltas en suspiros,
estas canciones mias.
(Figura cantar acompañado de un bandolin al pié de una ventana.)

CANTO.

¿Ves esa luna que se eleva tímida?
Blanca es su luz;
pero aun mas blanca que sus rayos trémulos
blanca eres tú.

HABLADO.

(Con agitacion.)
¡Oh rabia! los espíritus
que cruzan en los vientos,
con sus quejidos lúgubres
ahogan mis acentos,
que en el lejano bosque
espiran sin que ella
escuche mi querella,
escuche mi dolor,
¡oh furor!
(Vuelve á todas partes la cabeza como creyendo oir carcajadas en las ráfagas del viento. La música lo indica.)
Se rien de mis lágrimas,
se burlan de mi amor.
(Queda un momento en silencio con el rostro oculto entre las manos: la orquesta deja oir el preludio de un baile lejano: al escucharlo Cardenio levanta lentamente la cabeza y presta oido, serenándose gra-

dualmente: luego demuestra su asombro creyendo encontrarse en el sarao, donde entre la multitud busca á los esposos con la vista.)

¿Mas... qué lejana música
resuena en mis oidos?
¿Mas qué vision magnífica
vagar confusa miro?
¡Es una fiesta espléndida!
¡Es un festin nupcial!
¡Ah! ¿dónde está el esposo?
La esposa ¿dónde está?
¡Ah!

(En esta última exclamacion demuestra que la há visto y el efecto que le hace su hermosura; mezcla de admiracion y alegria. Despues figura dirigírsele al hablar.)

Cara esposa, en tu frente ese velo
flota en pliegues de cándido tul,
como flota alba nube en el cielo
al cruzar su diáfano azul.

(Figura que la toma de la mano y la conduce al ara. La música deja oir un canto religioso como de órgano.)

Adorna tus sienes con blanco azahar,
y ven, cara esposa, ¡oh! ven al altar.

(Retrocede asombrado y hace ademan de desnudar la espada, fijando desencajado los ojos en un punto donde cree ver la causa de su enojo.)

Pero ¿qué miro? ¡oh cielos!

(La música expresa su sorpresa y su agitacion.)

se acerca ese traidor
que á la amistad perjuro
la dicha me robó.
Tu sangre toda que derramara
mil y mil vidas que te arrancara
no fueran, pérfido, justo castigo
de tu traicion.

(Como rechazando á una persona que abraza sus rodillas.)

Aparta ¡oh! aparta, mujer perjura,
tu juramento fué una impostura,
como tus súplicas, como tus lágrimas,

como tu amor.

(Llevándose las manos á la cabeza y apretándose fuertemente las sienes, como experimentando en el cerebro la dolorosa descomposicion de la inteligencia.)

¡Oh Dios!!
¡Mi razon!! ¡mi razon!!

(Con un último y espantoso arranque de desesperacion.)

¡Oh!!
¡Lanzad, oh nubes, lanzad un rayo
que ponga término á mi dolor!!

(Cae desvanecido: el Cura, el Barbero y Ambrosio acuden para prestarle socorro y la música cesa.)

CURA. ¡Infeliz, se ha desmayado!

BARB. Socorrámosle.

CURA. Si, si.
Vamos corriendo. (Le cogen entre sus brazos y lo sientan en un trozo de roca.)

CARD. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¡de mí!
¡La cabeza!...

BARB. Ya ha pasado...
su frente baña el sudor.

CURA. ¿Quereis agua?

CARD. ¡Oh! si, traed.

BARB. Aqui hay vino.
(Ofreciéndoselo en una calabaza que trae colgada.)

CARD. (Rechazándolo.) ¡Tengo sed!
¡agua... ¡agua!

BARB. Esto es mejor.

(Cardenio bebe con ansiedad: luego que se vá serenando poco á poco, en el juego de la fisonomia revelará que la reaccion ha entrado y que la razon vuelve gradualmente á su inteligencia.)

CARD. (Paseando una mirada á su alrededor y haciéndose al fin cargo de la situacion.)
Premie vuestro afan el cielo.

CURA. ¿Qué os hace sufrir asi?
acaso...

CARD. (Interrumpiéndole con amargura.)
¡Oh no! para mí
no hay en la tierra consuelo!

BARB. Mengua el mal que se confia.
CARD. Con referirlo mi acento
al sol, á la tierra, al viento
se hace mayor cada dia.
CURA. Mas... ¿qué os causa tal dolor
en vuestra temprana edad?
CARD. Desengaños de amistad
y desengaños de amor.
Pues ambas cosas soñaba
y hallé al despertar un dia,
que la amistad me vendia
y que el amor me engañaba.
De entonces de luto lleno
paso la vida, olvidado
de un mundo que me ha lanzado
tan sin piedad de su seno.
CURA. Aunque el alma dolorida
del dolor guarde la huella,
es fácil mudar de estrella
en la aurora de la vida.
CARD. ¡Mudanza! ni aun en la muerte
la encontrará mi afliccion.
CURA. ¿Qué no alcanza un corazon
cuando es virtuoso y fuerte?
dejad de vivir asi;
no desprecieis mi consejo,
que como lo veis, soy viejo
y harto el mundo conocí.
CARD. ¡Imposible! mis dolores
son eternos.
BARB. ¡Desdichado!
CARD. ¡Dejad que viva olvidado!
AMB. (Volviendo apresuradamente del fondo, adonde se ha retirado durante los últimos versos.)
Venid conmigo, señores.
CURA. ¿Qué ocurre?
AMB. Acabo de ver
de un ribazo en la eminencia
á un jóven, cuya presencia
me hace pensar que es mujer
disfrazada.
BARB. ¿Quién será?

CARD. Alguna que como yo,
lamenta el bien que pasó,
y que nunca volverá. (Dorotea canta dentro.)

CANTO.

¿Dónde vas, tórtola triste,
si la noche se ha tendido;
dónde vas si ya tu nido
el milano arrebató?
Cruza, cruza en blando vuelo
como peregrina errante;
mas no busques á tu amante,
que tu amante te olvidó.

HABLADO.

CURA. Melancólico es su canto.
BARB. Quejarse de amor parece.
CARD. Tiene razon, solo ofrece
amor desventura y llanto.
(Vuelve á oirse la voz de Dorotea dentro.)

CANTO.

Como el relámpago
que cruza súbito,
brillante ráfaga
dejando en pos;
dejando ¡ay! mísera,
triste memoria,
asi mi gloria
despareció.

HABLADO.

(El Cura, el Barbero, Cardenio y Ambrosio van hácia el fondo, desde donde miran hácia el sitio en

que se halla Dorotea.)

CARD. Es necesario alcanzarla,
es ella... la he conocido.

CURA. Nos vé y huye...

CARD. Se ha caido,
corramos á levantarla.

(Salen todos apresuradamente, excepto Ambrosio.)

ESCENA V.

AMBROSIO.

¡Pobre mujer, su cantar
es bien triste! Por quien soy
que en estos lugares hoy,
cuanto pasa es singular.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, que vuelven con DOROTEA, la cual sale vestida de aldeano, y trae en la mano un lio como de ropa, que dejará en cualquiera parte.

CARD. Venid, venid: ayudaros
solo queremos.

DOR. Señor,
gracias por tanto favor,
que no sé cómo pagaros.

CURA. Muy grandes deben de ser
los males que padeceis,
cuando en tal estado os veis.

DOR. Soy una infeliz mujer,
en quien mas la irreflexion
de la edad culpa ha tenido
del estado á que ha venido,
que un perverso corazon.
Niña en un hombre creí,
y plebeya á un noble amé.
Cuál el desenlace fué
de esa historia, vedlo aqui.
Doliente y sola lloraba
mi afrenta y su villania,

cuando supe en mi agonia
que á otra mujer se enlazaba.
Mis padres abandoné,
y disfrazándome asi
á impedírselo partí;
mas tarde, muy tarde fué.
Que aunque en la fiesta nupcial
su dama se desmayó,
y en el pecho se la halló
con un billete un puñal;
billete en el que decia
que de otro hombre era amada,
y antes que su fé jurada
romper, morir preferia;
y aunque despues se fugó
á un ignorado convento,
sin duda en su seguimiento
él tambien desapareció.

CURA. ¡No lloreis! que al fin la calma
tras negra tormenta viene.

DOR. ¡Ya esto remedio no tiene!

CARD. ¡Lo tendrá, juro á mi alma!

CANTO.

(La coge de la mano y la lleva á un lado del teatro.)

CARD. Dorotea, Dorotea.

DOR. (Mirándole con asombro.)
¡Me conoce!

CARD. ¡Si, por Dios!
sois la hermosa á quien perjuro
don Fernando abandonó.

DOR. ¿Cómo vos sabeis mi nombre
si jamás lo he dicho yo?

CARD. Como sé que es ese anillo
del infame seductor.

Y que en la noche
que os lo entregó,

por su testigo
poniendo á Dios,
en justo premio
de tanto amor,
daros su mano
con él juró.
Y lo olvidó.
Sobre la frente
de ese traidor,
caiga del cielo
la maldicion.

DOR. Cierto, en la noche
que me lo dió,
por su testigo
poniendo á Dios,
en justo premio
de tanto amor,
darme su mano
con él juró:
y lo olvidó!
Pero aunque ingrato
me abandonó,
que feliz viva
deseo yo.

CARD. Vengaré vuestra deshonra,
os lo juro por mi honor.

DOR. ¡Me conoce!

CARD. Si, os conozco.

DOR. Mas ¡Dios santo! ¿quién sois vos?

—

CARD. Yo soy á quien el pérfido
su amante arrebató;
yo soy la triste víctima
del cielo y del amor.

—

DOR. ¿Sois Cardenio?

CARD. Lo dijisteis.

DOR. ¡Sois Cardenio!!

CARD. El mismo soy.

CARDENIO.	DOROTEA.
Pues nuestra causa	Pues nuestra causa

la misma es,	la misma es,
por vuestra honra	pues por mi honra
yo velaré.	vos velareis,
Y al Dios que próvido	el Dios que próvido
nos une aqui,	nos une aqui
ó devolvérosla	oirá las súplicas
juro ó morir.	de una infeliz.

HABLADO.

DOR. Cardenio, mi gratitud
¿cómo mostraros podré?
CARD. Siguiéndome. Yo estas sierras
dejo, dejadlas tambien;
que en una sola venganza
dos agravios borraré.
CURA. De un pueblecillo cercano
soy cura; asi disponed
entre tanto de mi casa.
CARD. Yo en su nombre acepto.
CURA. Bien;
mas antes de que la marcha
emprendamos, quiero ver
si á su casa volver puedo
á un pobre paisano, á quien
le falta el juicio .. Y creo (A Dorotea)
que buen resultado dé
mi empresa, si en esta farsa
representais un papel...
(Notando extrañeza en Dorotea.)
Una obra es de caridad.
DOR. Con ese objeto, lo haré.
AMB. (Que viene del fondo)
Señor, el loco se acerca
con el que á buscarle fué.
BARB. Pues adentro, adentro pronto,
ó todo se echa á perder.
(Entran todos en la cabaña de Ambrosio.)

ESCENA VII.

SANCHO, D. QUIJOTE, armado de todas armas y con la bacia ó yelmo de Mambrino en la cabeza, baja por las cuestas practicables y llega hasta el proscenio. Sancho le sigue, despues de dejar á Rocinante atado á un árbol.

QUIJ. ¡Oh! vuelve, Sancho, vuelve á repetirme
qué te dijo la dueña de mi alma.
SANCHO. (Mentir sobre mentir... y yo que apenas
recuerdo del embuste una palabra...
Vamos.) Señor, cuando dejé estos montes
eché á andar... eché á andar... á andar.
QUIJ. (Impaciente.) Y ¡vaya!
llegaste al fin, y basta de andadura.
SANCHO. Es que anduve... y anduve, y...
QUIJ. Pero acaba,
que mas que tú anduvistes me impacientas.
SANCHO. Despues de tanto andar llegué á su casa.
QUIJ. Su palacio dirás.
SANCHO. Si era palacio
se trasformó en corral á mi llegada.
QUIJ. ¡Á tí te pareció! ¿Cómo, no vistes
por sus torres las nubes desgarradas?
¿No oiste el ronco hervir con que sus fosos
llena un rio en gigante catarata?
¿La trompa no escuchaste que en sus muros
bramar hizo un enano á tu llegada?
Cuando ya en los salones penetrastes,
en que la muchedumbre cortesana,
océano de luz, de oro y de perlas,
se agita en brilladoras oleadas,
¿admirados curiosos no decian,
volviendo el rostro adonde tú pasabas,
ese es Sancho... ese es Sancho... el escudero
del sin par don Quijote de la Mancha?
SANCHO. (De tanta historia y tanto disparate
que me ahorquen si he dicho una palabra.)
QUIJ. Pero no es eso, no, lo que pregunto:
lo que quiero me digas, lo que el alma
está impaciente por saber, es cómo,

cómo la hermosa, y mas que hermosa ingrata
te recibió. ¿Qué hacia? Tal vez era
la hora de dejar la pluma blanda,
y puesta ante el espejo, su hermosura,
causa de tantos males, contemplaba.
Plumas, oro, diamantes le ofrecian
cien doncellas, en torno arrodilladas,
quemando mirra y perfumado aloe
en anchas copas de coral y plata.
Ó tal vez melancólica y amante
con oro y perlas la celeste banda,
que habia de ceñirme en un torneo,
con sus manos bellísimas bordaba?

SANCHO. Señor, ó soy un topo, ó los encantos
que ha tiempo nos persiguen, por desgracia
á la pobre señora, sin haberlo
comido ni bebido le dan carda.

QUIJ. ¿Por qué?

SANCHO. Porque al llegar ni ví palacio,
ni doncellas, ni pajes, ni... En fin, nada.
Yo entré por un corral, y con asombro,
sudosa y algun tanto fatigada,
media hanega de trigo en un arnero
ví que alegre cernia vuestra dama.

QUIJ. ¡Trigo!!... perlas serian: ó á lo menos
si trigo, candeal.

SANCHO. No, por mis barbas,
que era trigo y rubion, de lo mas malo.
¡Cuando os digo, señor, que está encantada!

QUIJ. ¡Hubo un dia jamás, un solo dia
en que aleve mi dicha no turbara
ese maldito encantador?... Prosigue,
prosigue, Sancho...

SANCHO. Pues, señor, contaba
que cerniendo la hallé: le hice un cumplido,
y sin dejar su ocupacion, la cara
desdeñosa volvió, como diciendo:
¿qué se os ofrece, hermano?... Yo la carta
al punto le mostré y...

QUIJ. (Interrumpiéndole.) ¡Ah! dí: en su pecho
la estrecharia amante, con sus lágrimas
la bañaria, á sus divinos labios...

llevándola despues la be...

SANCHO. (Interrumpiéndole y con mucha calma.) No; nada,
ni la besó, ni la estrechó. Me dijo
asi... con una voz un poco áspera.
Hermano mio, al que leer no sabe
una majaderia es traer cartas,
porque es dar al que no tiene narices
un pañuelo riquísimo de Holanda.

QUIJ. Sancho, este encantador que nos persigue
siempre que pone el dedo es en la llaga:
por eso á mí me hiere en Dulcinea.

RANCHO. Y á mí me busca el flaco en las espaldas.

CANTO.

(Se oye á lo lejos el sonido de un caracol, al que responden otros en distintas direcciones.)

QUIJ. De una guerrera trompa
escúchase el clamor;
tal vez anuncie el eco
de su sonora voz,
que llega esa princesa
que implora mi favor.

SANCHO. (Que ha ido al fondo vuelve apresurado.)
Señor, entre una nube
de polvo, en un bridon,
se acerca un escudero,
sin duda portador
de algun real mensaje.
Mas vedle... ya llegó.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y el BARBERO disfrazado y con una gran barba postiza.

QUIJ. ¿Quién sois y á quién buscais?

BARB. Magnífico señor,
yo busco á don Quijote,
á ese manchego sol,
amparo de las damas,

del mundo admiracion.
QUIJ. Pues ese noble hidalgo,
galante protector
de hermosas afligidas,
que de la gloria en pos
ha recorrido el mundo...
BARB. ¿Dó está?
QUIJ. Vedlo, soy yo.
BARB. (Cayendo de rodillas.)
¿Sois vos?
QUIJ. Soy yo.
Levántate, escudero,
y díle á tu señora,
que para obedecer
sus órdenes espero,
pues pongo desde ahora
mi espada ante sus pies.

—

BARB. Pues lo deseais,
obedeceré;
y para que llegue
la señal haré.

(Toca el Barbero un caracol que traerá colgado á modo de bandolera; dentro responden otros: el coro de pastores aparece por entre los picos de las montañas, asombrado de ver á Dorotea, que entra á poco en escena.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, DOROTEA, CARDENIO y el CURA, que se queda hácia el fondo. Dorotea entra montada en una mula, y ricamente vestida en su traje de mujer. Cardenio arreglado el cabello, despojado de la barba y vestido con un traje del Barbero, trae la mula del palafren, y ayuda á Dorotea á bajar, llevándola despues la cola del vestido.

CORO. Ved esa dama que se adelanta;
bello es su rostro, breve su planta.
¡Oh! ¿quién será?
Brocados viste de grande estima;
pero miradla, ya se aproxima,
aqui está ya.

DOR. (Desciende de la mula y comienza con tono enfático y pomposo.)
Glorioso, ilustre é ínclito
amparo de los débiles,
á quien la fama póstuma
abrumará de hipérboles.

QUIJ. (Confundido y ruborizado.)
Señora...

DOR. (Prosigue sin hacerle caso.)
¡Excelso!

QUIJ. Basta.

DOR. ¡Valiente!

QUIJ. Basta ya.

DOR. ¡Heróico!...

QUIJ. Señora...

DOR. ¡Sublime!... (Hincando una rodilla.)

QUIJ. (Corriendo á levantarla.)
Por piedad,
que vais á confundirme;
del suelo levantad.

DOR. (Permanece de rodillas.)
Del suelo la rodilla
jamás levantaré,
señor, si lo que os pido
cumplir no prometeis.

QUIJ. Pedid, noble señora.

DOR. Un don tan solo es.

QUIJ. Pedid, que mis ofertas
fielmente cumpliré,
si no es contra mi fama,
en mengua de mi rey,
ó indigno de la hermosa
que es dueña de mi fé.

DOR. Tan solo es que á mis reinos
vengais para vencer
á un giganton tamaño,
á un monstruo, á un Lucifer,
que usurpa mi corona.
Decid... ¿lo jurareis?

QUIJ. (Con solemnidad.)
Lo juro.

DOR. ¡Oh Dios! dejadme

que bese vuestros pies.
(Hace ademan de querérselos besar y D. Quijote se apresura á levantarla.)

Á UN TIEMPO.

CORO, DOR. CARD. y BARB.
El que se libre
por esta vez
de ir á la aldea
no puede ser.
Ya á sus locuras
no hay que temer,
pues el incauto
cayó en la red.

QUIJ.
Pronto al gigante
fin le daré.
Nueva aventura
voy á correr.
Y pues la hazaña
digna es de un rey,
á mi señora
la ofreceré.

SANCHO.
Ya tengo ínsula,
ya la atrapé:
solos, de gusto,
bailan mis pies.
¡Oh, qué alegria!
¡Oh, qué placer!
Ya tengo ínsula,
ya la atrapé.

—

QUIJ.
La lanza, el fuerte escudo
y el yelmo dáme, Sancho;
(Sancho dá á su señor la bacia, la lanza, etc.)
acerca á Rocinante,
ensíllame á ese rayo,
(Sancho trae á Rocinante al proscenio.)
partir quiero ahora mismo
al campo del honor.
(D. Quijote monta á caballo, embraza la adarga y desnuda el acero.)

Temblad, tiranos; temblad, felones;
ya la tizona se desnudó,
que á los malsines y á los follones
de una á otra zona causa pavor.

(Dorotea habrá subido durante estos últimos versos á la mula, y cuando D. Quijote concluye se pone en marcha la comitiva.)

CORO.
Ya á sus locuras
no hay que temer,
pues el incauto
cayó en la red.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio de una venta en la Mancha: la entrada en el fondo: á derecha é izquierda varias puertas que comunican con las habitaciones interiores: en último término una escalera practicable, que conduce á un camaranchon.

ESCENA PRIMERA.

El VENTERO y unos cuántos estudiantes, arrieros, mozos y mozas de la venta, que hacen corro, beben y bailan al son de un guitarrillo, al compás del cual canta uno de los circunstantes las siguientes coplas.

De un manchego el cariño
no ha de mancharte,
que aunque soy de la Mancha
no mancho á nadie.
Y es el manchego,
si con las niñas juega,
limpio en el juego.

—

VENT. Vaya otro trago.
UNO. Y que corra
la jarra dando la vuelta.
OTRO. ¡Ea, silencio! Allá vá
la última copla.

TODOS. Venga.

(Vuelven á cantar.)

Caminante que cruzas
por estos llanos,
si no te dejan limpio
será un milagro.
Porque en la Mancha,
cuando no es el dinero,
roban el alma.

ESCENA II.

LOS MISMOS, CARDENIO, DOROTEA, el CURA y el BARBERO, que entran por la puerta del fondo. Los que formaban el corro se reparten en diferentes grupos por la escena.

BARB. ¡Hola, Ventero!
VENT. ¿Qué manda
su merced?
BARB. ¿Hay en la venta
donde alojarnos, con mas
dos amigos que se esperan?
VENT. Su merced y la compaña
pueden mandar en mi hacienda.
CURA. ¿Qué cuartos hay?
VENT. Los del frente
y aquel que está en la escalera.
CURA. En aquel á don Quijote
se puede alojar, y en estas
habitaciones nosotros.
VENT. Señores, yo... bien quisiera
que...
BARB. Vaya, decid.
VENT. Negarlo
gran repugnancia me cuesta;
pero...
CURA. Acabad.
VENT. Ese loco
en mi posada no entra.
BARB. ¿Y por qué?
VENT. Porque... uno vive

de lo que el marchante deja...
Ya otra vez le tuve aqui,
y al presentarle la cuenta,
con su lanza estuvo en poco
que me abriera la cabeza.

CURA. No se irá en esta ocasion
sin pagaros.

VENT. Ni por esas.

BARB. ¡Vaya, buen hombre!

VENT. Ese hidalgo
arma por todo una gresca.

CURA. No temais.

VENT. Y si la Santa
Hermandad, que aqui se hospeda,
llega á saberlo y le prenden
por haberle dado suelta
á aquel rosario de pillos
condenados á galeras,
¿no pierdo el crédito yo?

BARB. Vamos, callad, y á la cuenta
añadid este ducado (*Le dá una moneda.*)
por mordazas de conciencias.

VENT. En fin... porque no se diga...

CARD. Las habitaciones nuestras
¿cuáles son por fin?

CURA. Seguidme.
Y vos tambien, Dorotea,
descansaremos.

DOR. Entonces
¿quién á don Quijote espera?

BARB. Entrad, entrad sin cuidado;
yo quedo de centinela.

ESCENA III.

Dorotea, Cardenio y el Cura se retiran casi al mismo tiempo. Un CABALLERO *embozado entra por la puerta del fondo y se dirige al* VENTERO.

CAB. ¡Ventero!

VENT. ¡Señor!

CAB. Palabra.

(Se retiran á un lado.)
La gente se halla muy cerca:
¿está todo pronto?

VENT. Si.

CAB. ¿Y los caballos?

VENT. Esperan
ensillados.

CAB. Bien, adios. (Se vá)

VENT. Él vaya en compaña vuestra.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, menos el Caballero. Cuando este ha desaparecido, D. QUIJOTE y SANCHO asoman á la puerta: este último, que trae el rucio del ronzal, se queda detenido en el dintel como receloso.

SANCHO. Yo no entro...

QUIJ. Vamos, Sancho,
ven á mi lado y no temas.

SANCHO. Señor, el gato escaldado...
como el refrán nos lo enseña...

QUIJ. ¡Maldito tú y tus refranes!

SANCHO. Mas, señor, si aun se me acuerda
la aventura de la manta.
¿Quiere vuesarced que vuelvan
á echarme por esos aires?
No... por vida de mi abuela.
Yo me quedo á campo raso.

QUIJ. Menguada la hora aquella
en que te elegí escudero
y te saqué de la aldea,
¡cobarde!

SANCHO. Yo por mi gusto
un Roldan en valor fuera;
mas quien nació para ochavo
en la vida á cuarto llega,
y...

QUIJ. ¡Acabarás! (Colérico.)

SANCHO Acabé,
entremos pues en la venta.

QUIJ. Castillo dirás.

SANCHO. Castillo,
si asi su merced lo sueña.
QUIJ. ¿Qué murmuras?
SANCHO. Nada, rezo:
¿acaso en rezar se peca?
pero... otro temor me asalta...
¿habrá aqui alguna hechicera
que maleficie á mi rucio?
No, es que seria muy necia
la broma, si el mismo dia
en que lo hallé lo perdiera.
QUIJ. Nada dicen las historias
que tus dudas borrar puedan;
pero me inclino á creer,
que los magos su destreza
no emplean sino en corceles,
el jumento es vil.
SANCHO. ¡De veras!
(Trae el rucio hácia el proscenio.)
Hijo de mi corazon,
salvaguardia es tu vileza,
ojalá que el ser villano
tambien para mí lo fuera.
QUIJ. (Dirigiéndose á los grupos que han suspendido su fiesta para contemplar tan extrañas figuras.)
Escuderos, maestresalas,
heraldos, pajes, doncellas,
á juzgar por lo que veo
mi llegada se celebra:
decíd á la castellana
que tal regocijo ordena,
que el valiente D. Quijote
humilde los pies le besa.
(Sentándose y con importancia.)
Yo admito vuestros obsequios.
Siga la danza y la fiesta.
UNO. ¿Qué dice?
MAR. Nada, está loco.
OTRO. Dejadle, la bota venga.
OTRO. Allá vá.
QUIJ. (Levantándose.) ¿Qué replicais?
OTRO. Que basta de impertinencias.

QUIJ. (Levantándose.)
¡Cómo!... osados malandrines,
gente sin ley ni conciencia,
¡ahora veredes! (Desnuda la espada.)
SANCHO. ¡Señor!...
QUIJ. Déjame, Sancho; esta afrenta
no ha de quedar sin castigo.
SANCHO. ¡Por cuanto hay en la tierra! (Sujetándole.)
BARB. ¡Señor don Quijote!
QUIJ. Atrás,
nadie quiero en mi defensa.
(Hace ademan de acometer á los grupos, que se arremolinan hácia el fondo tomando la defensiva.)
UNOS. Dejadle venir.
OTROS. Dejadle.
QUIJ. ¡Oh señora Dulcinea!
Vuestra memoria me aliente
en esta no vista empresa.
TODOS. Fuerte en él.
BARB. ¡Señor! (Interponiéndose.)
QUIJ. ¡Canalla! (Acometiendo.)
SANCHO. Ya mis espaldas se quejan.
TODOS. (Deteniéndose.)
La Santa Hermandad.
SANCHO. ¿No dije?
¡Dios nos la depare buena!

ESCENA V.

LOS MISMOS y el CORO DE CUADRILLEROS, que aparece en el fondo: todos sueltan los palos y piedras que habian cogido para defenderse, y solo queda en medio de la escena D. Quijote con la espada desnuda como desafiándolos.

CANTO.

CUADS. En nombre del rey
la espada entregad.
QUIJ. ¿Y quién me lo manda?
CUAD. La Santa Hermandad.
QUIJ. ¿Y á mí qué me importa

la Santa Hermandad?
SANCHO. Estamos perdidos:
¡la Santa Hermandad!
BARB. Á mal tiempo llega
la Santa Hermandad.
QUIJ. En vano á que la espada
os rinda me intimais;
si alguno tan osado
entre vosotros hay
que de venir por ella
se siente con valor,
que venga, y por mi nombre
juro que le hago dos.
CORO. Firmeza y no haya miedo,
la presa es de interés,
que el hombre á quien buscamos
sin duda este ha de ser:
las órdenes saquemos,
sus señas fijan bien,
sabremos consultándolas
si es él ó si no es él:
leed... leed...
QUIJ. SANCHO y BARB. ¿Qué diablo irán á hacer?

Á UN TIEMPO.

CUAD. Alto, seco,
gran mostacho,
nariz larga
y ojos pardos.
Este es.
Es rechoncho
el escudero,
mofletudo,
labios gruesos:
será aquel.
QUIJ. Me examinan
y hablan bajo:
¿qué dará
por resultado?
No lo sé.
Mas no importa:

ya veremos
quién se atreve
un caballero
á prender.

SANCHO. Ya nos miran
de alto á bajo:
de mi rucio
y mi ducado
que vá á ser,
si me soplan
estos cuervos
donde el sol
en mucho tiempo
no me dé?

BARB. Lo examinan
y hablan bajo:
¿qué dirá
en ese mandato?
no lo sé.
Mas no importa,
yo á esos cuervos
con razones
ó dineros
domaré.

CUAD. (Guardando los papeles y preparando los arcabuces.)
Del soberano en nombre
y en nombre de la ley,
de nuevo os intimamos
para que preso os deis.

QUIJ. ¡Yo preso!!

CUAD. Asi lo mandan,
cumplirlo es precision.

QUIJ. ¡Yo preso!

CUAD. Y al instante.

QUIJ. ¡Yo preso! ¡Vive Dios!!
(En un arrebato de cólera.)
Bellacones, malandrines,
¿dónde visteis en la vida
á los nobles paladines
en las cárceles meter?
¿Cuál decid, fué el caballero
que no dió trescientos palos

á trescientos cuadrilleros
que lo fueran á prender? (Acomete.)

CUAD. Á las armas, compañeros,
compañeros fuego en él,
que entregarle á la justicia
muerto ó vivo es menester.

SANCHO. Ya tenemos enredada
otra torre de Babel;
yo no sé si mi garganta
es de carne ó de cordel.

BARB. (Interponiéndose y hablando con el coro.)
Mirad, señores,
qué vais á hacer.
Ese hombre es loco.

CUAD. ¡Quiá! no lo es.

BARB. (Enseñándoles un bolsillo con disimulo.)
Que es loco os digo,
miradlo bien.

CORO. Calle .. y es cierto, (Mirándole con atencion.)
lo es... lo es.
(Envainan las espadas y descansan las armas.)
Puesto que satisfecha
dejamos á la ley,
valientes Cuadrilleros,
descansen y á beber.

BARB. Envainan las espadas
y piden de beber,
tornóse el fuego en humo,
ya nada hay que temer.

QUIJ. Con solo una mirada
los hice estremecer.
No tengas, Sancho, miedo
mientras contigo esté.

SANCHO. (Abrazando el rucio.)
Te libras de un embargo,
me libro del cordel;
ven, rucio de mi vida,
cien besos y otros cien.

HABLADO.

SANCHO. ¿Qué tal... tenia motivos
para no entrar en la venta?
QUIJ. ¿Has visto Sancho en tu vida
hazaña mas estupenda?
SANCHO. Buena hazaña nos dé Dios,
y por poco no nos cuelgan.
BARB. Invencible caballero,
despues de tan alta empresa
que descanseis es preciso.
QUIJ. No lo haré si no confiesan
todos antes, que soy yo
quien dueño del campo queda.
BARB. Asi lo confirman todos.
(Hacen los grupos señal de asentimiento con risa disimulada.)
QUIJ. Seguiros entonce es fuerza.
(El Barbero lleva á D. Quijote al cuarto de la escalera. Sancho se dirige hácia la cuadra con el rucio y al pasar junto á Maritornes la tropieza.)
SANCHO. Ven, rucio mio, á la cuadra;
feliz tú que solo piensas
en el pienso, mientras yo
por los dos siento las penas...
MAR. ¡Arreee! Maldito sea el burro
y el mas burro que lo lleva.
El demontre del botijo...
SANCHO. Bellaca, como le vuelvas
á tocar, te salto un ojo;
es decir, te dejo ciega.
MAR. ¡Ay, que si voy por la manta!...
SANCHO. El demontre de la tuerta...
(Sancho se marcha por la izquierda: el coro de cuadrilleros y la demas gente en distintas direcciones, y el Barbero, despues de dejar á D. Quijote en su cuarto, entra en la habitacion en que figuran estar Dorotea y sus compañeros. Cuando la escena está despejada entra precipitadamente el mismo caballero embozado y cubierto con mascarilla de viaje de la escena segunda, y cambia con el Ventero algunas palabras, despues de las cuales entran D. Fernando, tambien

cubierto el rostro con mascarilla, trayendo en sus brazos á Lucinda, en hábito de religiosa, desmayada y mal envuelta en un manto negro.)

ESCENA VI.

D. FERNANDO, LUCINDA, el VENTERO y algunos embozados.

EMB. Ventero
VENT. Señor.
EMB. Un cuarto,
y pronto.
VENT. No hay ya en la venta
ni uno solo.
EMB. ¡Voto vá!
(Dirigiéndose á D. Fernando, que entra por el fondo con Lucinda.)
No hay cuarto en donde ponerla.
FERN. No importa; dejadla aqui
recostada, y con presteza
(La recuestan en un banco.)
mudad caballos, y á escape;
que ni un momento se pierda.
(Se van el Ventero y los embozados.)

ESCENA VII.

D. FERNANDO, LUCINDA.

FERN. ¡Desmayada! Por quien soy
que ocasion mas importuna...
¡Voto á mi negra fortuna!
LUC. ¡Ah! (Volviendo en sí poco á poco.)
FERN. Ya vuelve.
LUC. (Incorporándose.) ¿Dónde estoy?
¿Es vision engañadora,
hija de un sueño quizá?
Sola... en este sitio... ¡Ah!
(Viendo á D. Fernando.)
FERN. Tranquilizaos, señora.
LUC. ¿Quién sois?
FERN. Cuidados no os den,

que segura estais conmigo.

LUC. Pero ¿quién sois?

FERN. Un amigo
que vela por vuestro bien.

LUC. En balde os habeis tapado
con la máscara el semblante;
á ocultaros no es bastante...

FERN. Sabeis que soy?...

LUC. Un malvado.

FERN. Nunca.

LUC. Vuestra condicion
muy en descubierto queda,
pues no hay máscara que pueda
disfrazar el corazon.

FERN. Á insulto tan arrogante
de esta manera respondo.
(Se quita la máscara.)
Señora, yo á nadie escondo
nunca el nombre ni el semblante.

LUC. ¡Don Fernando!

FERN. El mismo, si;
no me escondo, ya lo veis.
Sin duda os sorprendereis
de hallarme, señora, aqui.
No soy el hombre malvado
que contra damas conspira,
soy caballero, que mira
por su decoro ultrajado.
¿Enmudece vuestra lengua
sin saber lo que decir?

LUC. ¿Y qué pudiera añadir
que no diga vuestra mengua?
Porque falsa no mentí
del altar sagrado al pié,
y del cielo me amparé,
y de vuestro amor huí,
escarneciendo el dolor
y su asilo profanando,
¿acostumbrais, don Fernando,
á probar vuestro valor?

FERN. Pues la lucha está empeñada,
probaros he de poder,

que si robo á una mujer
nunca negaré mi espada.
Á mas... en esta ocasion
vos no me podeis culpar,
porque esto solo es pagar
la traicion con la traicion.

LUC. ¡Traicion... y mia!

FERN. Si á fé.
¿Olvidó vuestra memoria
de lo pasado la historia?
Pues yo os la recordaré.

LUC. ¡Callad! ¿Á qué recordar
esa historia de falsia,
que á tener mas hidalguia
os debiera avergonzar?

FERN. ¿Quereis que ande de mil modos,
por vuestra imprudencia loca,
mi nombre de boca en boca,
siendo la burla de todos?
¿Pensais que sufrir yo puedo
que en palacio ó en la calle,
donde quiera que me halle,
me señalen con el dedo?
Si lo esperais es en vano,
y tal delirio olvidad:
pues por fuerza ó voluntad
será mia vuestra mano.

LUC. Si de mi padre el mandato
contra mi fé se estrelló,
¿pensais que cediera yo
á vuestra fuerza ¡insensato!

FERN. Ved que mia habeis de ser.

LUC. ¡Primero sabré morir!

FERN. Eso... es fácil de decir, (Con ironia.)
pero difícil de hacer.
Pues con tiempo y desengaños
yo os dejaré convencida,
de que ni á sufrirlo hay vida
ni hay mal que dure cien años.

LUC. Basta: sabed respetar
de los débiles el fuero.
No debe el que ciñe acero

á un indefenso insultar.

FERN. Puesto que asi lo quereis,
basta de reconvenciones,
y estas últimas razones
de mis labios solo oireis.
Ni las rejas del convento
ni de Cardenio el furor,
ni menos vuestro dolor,
me apartarán de mi intento.
He decidido, y concluyo,
que vos mi esposa sereis:
tomadlo si lo quereis
como amor ó como orgullo.

EMB. (Desde la puerta.)
Todo está pronto, señor. (Se retira.)

FERN. ¿Veis, Lucinda encantadora?
De partir llegó la hora:
deponed ese rigor,
y siempre hallareis en mí
un sumiso y tierno amante.

LUC. ¿Dónde habrá fuerza bastante
á separarme de aqui?

FERN. No insistais.

LUC. Mil veces no.

FERN. ¡Lucinda!

LUC. ¡Atrás!

FERN. ¡Lo quereis!
por fuerza me seguireis.

LUC. ¡No hay quien me defienda!

CARD. (Que algunas palabras antes se habrá asomado á la puerta de su habitacion, se interpone entre ambos.)
¡Yo!

ESCENA VIII.

DICHOS y CARDENIO. D. Fernando se cubre el rostro con rapidez y quiere apartar á Cardenio.

CARD. (A Lucinda.)
No temais, que yo os defiendo.
(A D. Fernando.)
Mirad lo que vais á hacer,

que yo amparo á esta mujer.

LUC. (Reconociéndole.)
(¡Es Cardenio! ¿Qué estoy viendo?)
¡Cardenio!

CARD. (Reconociéndola.) ¡Lucinda!

LUC. ¡Ah!
Me veo al fin á tí unida.
(Arrojándose en brazos de Cardenio.)

FERN. Haceos atrás... ó por vida
que os dé muerte...
(D. Fernando hace ademan de poner mano á la espada, pero Cardenio, que está desarmado, con un movimiento veloz le sujeta el brazo con la mano izquierda, mientras con la derecha le saca el acero y queda en defensa.)

CARD. (Arrancándole la espada.) No será.

FERN. ¡Ah! ¡Traicion!

CARD. Es la que usais.
La vil máscara arrancad.

FERN. No.

CARD. Basto á hacerlo. (Arrancándosela.) Mirad
frente á frente á quien hablais.
(Retrocede sorprendido al conocer á Fernando.)

CANTO.

CARD. ¡Qué miro, justo cielo!
¡Es él!

FERN. (Con calma.) Y bien: soy yo.

CARD. } ¡Fernando!
LUC. } ¡Oh Dios!

FERN. El mismo.

CARD. Al cabo
en su venganza Dios,
de tu perjurio en premio,
te entrega á mi furor.

FERN. Pues que en tu diestra brilla
el hierro vengador,
el labio enfrena y hiere:
hiere.
(Dando un paso adelante y presentándole el pecho.)

CARD. (Con un movimiento de furor y conteniéndose luego.)
¡Que hiera!... ¡Ah! no.
LUC. ¡Cardenio!
(Sujetando á Cardenio al ver su movimiento de herir.)

CARD. Que al polvo humilles quiero
tu frente en mi presencia,
y escuches tu conciencia
temblando de pavor.
Si, quiero antes de herirte
mirar con pecho helado,
que mueres condenado
como he vivido yo.
LUC. Perdónale, perdónale;
su juez sea su conciencia:
conten en mi presencia,
Cardenio, tu furor.
Detente, y pues yo misma,
depuesto el justo encono,
su crímen le perdono,
perdónale cual yo.
FERN. (Con altivez.)
Jamás la frente humillo
de un hombre en la presencia,
ni temo á mi conciencia
ni temo á tu furor.
Ven, hiere, pues voluble
lo quiso asi la suerte:
verás cómo á la muerte
le sé sonreir yo.

HABLADO.

FERN. En fin, basta ya de insultos;
ni nobleza ni valor
demuestras en insultarme
cuando sin espada estoy.
Si lo quieres asesíname.
CARD. ¡Asesinarte... Eso no!
(Con un arranque de noble indignacion.)
Para humillar hasta el polvo

el orgullo de un traidor,
me basta con mi justicia,
me sobra con su traicion.

(Cardenio, al concluir estos versos, arroja la espada al suelo á fin de quedar con armas iguales en presencia de su enemigo; pero este, con un movimiento rápido, se apodera de su espada y amenaza con ella á Cardenio, que aunque tarde se arroja á impedirlo. Lucinda se interpone entre ambos procurando contener á Cardenio, que á pesar de encontrarse sin espada, quiere lanzarse sobre su rival. Toda la escena rápida, D. Fernando, desde que recobra la espada, prosigue con mucha calma y tono burlon.)

FERN. (Arrojándose sobre la espada.)
¡Me salvé!

CARD. (Corriendo á impedirlo.)
¡Cobarde!

FERN. (Poniéndose en defensa.) ¡Atrás!

LUC. ¡Cardenio! (Conteniéndolo.)

FERN. (Con ironia.) Pues la ocasion
despreciastes, es muy justo
que ahora la aproveche yo.

CARD. ¡Oh rabia!

FERN. (A Lucinda.) Ya los caballos
nos aguardan á los dos.
(A Cardenio.)
Como ves, no es para mí
oportuna esta ocasion;
mas yo te diré otro dia
si soy un cobarde ó no.
Seguidme. (A Lucinda.)

LUC. Jamás.

CARD. ¡Seguirte!...
Antes, cobarde y traidor,
me harás pedazos.

FERN. ¡Pedazos!
(Con sonrisa burlona.)
¿Por qué, si no hay precision?
Cuando estaba en el peligro,
aunque pude, en mi favor
no llamé á nadie, pues fuera
no demostrar corazon;
pero ahora es muy distinto.

(Hace una señal con una bocina de montería y aparecen en la puerta del fondo varios caballeros, todos con mascarillas; los cuales, cuando lo indica el diálogo, se arrojan sobre Cardenio y procuran ahogar sus gritos y sujetarle.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS y los CABALLEROS enmascarados.

UN CAB. ¿Qué mandais?
FERN. (Señalando á Cardenio.)
Sin dilacion
sujetadle sin herirle. (Los caballeros obedecen.)
CARD. (Defendiéndose.)
¡Infames!
FERN. (Á Lucinda.)
Ahora vos
seguidme.
LUC. ¡Nunca!
FERN. (Queriéndola arrebatar en sus brazos.)
Por fuerza.
LUC. ¡Socorro!
CARD. (Luchando y con voz ahogada.)
¡Amigos, traicion!

(D. Fernando, con la ayuda de los enmascarados, procura conducir por fuerza á Lucinda hácia la puerta del fondo, mientras otra parte de sus cómplices en el rapto sujetan á Cardenio. Á las voces de estos, el Cura, el Barbero y Dorotea salen de sus habitaciones, y el Ventero, Maritornes y los caminantes, que al principio del acto formaban el corro del baile, aparecen en distintas direcciones. Los embozados, viendo que acude tanta gente, hacen un esfuerzo supremo para ganar la puerta de salida al campo; pero en ella aparecen los Cuadrilleros, que acuden atraidos al rumor de los gritos y traen preparados los arcabuces y las ballestas. D. Fernando y los suyos, encontrándose sorprendidos, dejan su presa y requieren las espadas y pistolas á fin de salvarse. Lucinda, libre, se arroja como para ampararse en los brazos de Cardenio. Dorotea, al reconocer á D. Fernando, permanece asombrada; y este último, confundido y sin saber qué partido tomar, queda en medio

de la escena, cuyo fondo cierran los Cuadrilleros.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, DOROTEA, el CURA, el BARBERO, el VENTERO, MARITORNES, coro de Cuadrilleros, caminantes y mozos de la venta.

UN CUAD. ¡Tened!
FERN. ¡La Santa Hermandad!
CUAD. Daos, preso.
FERN. ¡Preso yo!
Caballeros, las espadas (Á sus compañeros.)
sacad y nuestro valor
abrirá paso.
(D. Fernando y los suyos se disponen á acometer.)
CUAD. ¡Muchachos!
¡firmes!
(Los Cuadrilleros se preparan á la lucha.)
CURA. (Arrojándose entre unos y otros y con solemnidad.)
En nombre del Dios
cuyo ministerio ejerzo,
contened vuestro furor. (Todos se detienen.)
¿Por qué causa vuestra sangre
vais á derramar?
FERN. Mi honor
y mi esposa me robaron:
que los recobre es razon.
DOR. (Reconociéndole.)
¡Es él... Fernando!
CARD. ¡Tu esposa!
jamás lo ha sido, impostor:
un rapto vil la ha hecho tuya,
porque su esposo soy yo.
FERN. ¡Repito que es mia!
CARD. ¡Es mia!
CURA. (Dirigiéndose á Lucinda.)
Señora, tan solo vos
podreis decirnos cuál es
vuestro esposo, de los dos.
FERN. Ella mentirá.
CARD. Silencio.

LUC. Juro en presencia de Dios,
que este es el único dueño
de mi mano y de mi amor.
(Señala á Cardenio.)

CARD. ¿Lo veis?

CURA. ¿Qué decis? (Á D. Fernando.)

FERN. Que miente.

CARD. Tu labio es el que mintió.
Tú no puedes ser su esposo,
porque no eres libre, no.
Ante el cielo le jurastes
á otra mujer tu pasion,
y á trueque del juramento
le robastes el honor.
Si tú ya lo has olvidado,
el cielo no lo olvidó,
y esta que ves es tu esposa.
(Presentándole á Dorotea.)
¿La conoces, seductor?
(Dorotea se arroja á los pies de D. Fernando, que está en mitad de la escena, este se sorprende y la rechaza, y viéndose perdido parece que vacila sobre el medio de escapar. Cardenio y Lucinda estan á la izquierda. El Cura y el Barbero á la derecha, el coro, el Ventero, etc., repartidos por el fondo.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y SANCHO, que baja precipitadamente por la escalera del cuarto de D. Quijote, y se dirige alternativamente al Cura y al Barbero que no le hacen caso.

CANTO.

DOR. ¡Fernando! (Con ademan suplicante.)

FERN. (¡Dorotea!) (Sorprendido.)

DOR. ¡Fernando, por piedad!
(Abrazando sus rodillas.)

FERN. (Apartándola.)
Señora, no os conozco.

DOR. (Con dolor.)

¡No me conoces ya!

CONCERTANTE.

DOROTEA.

Pues quieren los cielos
te vuelva á encontrar,
despues de una vida
de llanto y de afan,
¡Fernando, Fernando,
de mí ten piedad!
¡tu infamia y mi afrenta
no quieras colmar!

FERNANDO.

(Me encuentro perdido:
¡maldita Hermandad!
apenas la vida
podremos salvar.)
(A Dorotea.)
No sed importuna.
Su llanto y su afan
¿á mí qué me importan?
¡Señora, apartad!

CARDENIO y LUCINDA.

Pues vuelvo á mi seno
tu seno á estrechar,
mis/tus brazos tu/mi asilo
por siempre serán.
En vano el infame,
en vano querrá
romper estos lazos
que ató el cielo ya.

SANCHO.

Aprisa, señores,
venidle á ayudar.
Trabó don Quijote
batalla campal,
y aqui un cintarazo,
un golpe acullá,
al pobre gigante
jigote le hará.

BARBERO.

¿Qué reino ó princesa?
Buen Sancho, apartad:
seguir con la broma
posible no es ya.
De en medio quitaos,
dejadnos en paz.
Un nuevo embeleco
faltaba no mas.

CUADRILLEROS.

La mecha está pronta,
la espada sacad,
que no pueda en salvo
ninguno escapar.
Guardad las salidas,
la venta cercad,
no quede burlada
la Santa Hermandad.

CORO DE MOZAS.

El diablo en la venta

parece que está.
Gritar se oye al loco,
¡gran Dios! ¿qué será?

ESCENA XII.

LOS MISMOS y D. QUIJOTE: este, cuyas desaforadas voces se habrán ya oido, aparece en lo alto de la escalera practicable del fondo, en camisa, envuelto en una manta vieja, calado el grasiento gorro de dormir que marca la novela y con la espada desnuda. Despues de decir los primeros versos baja al proscenio y se arrodilla delante de Dorotea. D. Fernando, terminado el concertante, se resuelve, y repeliendo con dureza á Dorotea que está á sus pies, hace señas á los suyos, arrolla á los Cuadrilleros y escapa peleando por la puerta del fondo. Los Cuadrilleros repuestos de la sorpresa del primer ataque, los persiguen y se oye dentro el ruido de los disparos y el choque de las armas. Dorotea, al verse tan bruscamente rechazada por su amante, sucumbe al dolor, arroja un grito y cae desvanecida: Lucinda, Cardenio, el Cura, el Barbero y la gente de la venta acuden en su auxilio: D. Quijote, que en este momento ha llegado adonde se encuentra Dorotea desmayada, se arrodilla; pero nadie le hace caso.

QUIJ. Victoria, que el gigante (En la escalera.)
vencido queda ya.
DOR. ¡Fernando!! (Suplicante.)
FERN. (Rechazándola.) No os conozco.
DOR. No me conoce... ¡ah!! (Con un grito de dolor.)
(Se desmaya.)
CARD. Perjuro. (Con un movimiento de amenaza.)
FERN. (Haciendo la señal y acometiendo.)
Libre el paso
mi espada dejará.
CUAD. Con la vida (Defendiéndose.)
ninguno escapará.
(Salen riñendo.)
QUIJ. (Arrodillándose delante del grupo que sostiene á Dorotea.)
Altísima señora,
mirad al vencedor...
CARD. y BARB. Dejadnos, que de burlas
no es esta la ocasion.
(El Cura, el Barbero, Lucinda y Cardenio, entran á Dorotea en sus habitaciones. El Ventero y algunos

otros les siguen mientras los demas se agrupan á la puerta del fondo, quedando solo el coro de mujeres D. Quijote y Sancho.)

ESCENA XIII.

Coro de mujeres, mozas de la venta, D QUIJOTE y SANCHO: este último con cara mohina y triste se cruza de brazos delante de su señor, que aun permanece de rodillas en medio del teatro sin comprender lo que pasa.

QUIJ. ¿Qué es esto, Sancho amigo?
SANCHO. ¿Y acaso lo sé yo?
Ni hay reino, ni princesa.
QUIJ. (Levantándose furioso é hiriendo el suelo con el pié.)
Encanto es. ¡Vive Dios!!

CORO DE MOZAS.

Gritos... ¡espadas!!
¡qué confusion!
Todo el infierno
se desató.

(Sigue oyéndose dentro la voceria, los disparos y el choque de los aceros hasta que el telon baja.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campo. Al frente la puerta y tapias de la venta. En uno de los costados un retablo iluminado por un farol.

ESCENA PRIMERA.

Pocos momentos despues de levantarse el telon, aparece SANCHO examinando con precaucion la escena y se dirige á la venta. Despues CORO DE CABALLEROS.

CANTO.

SANCHO. Ni una paja se mueve...
¡Ánimo, pues,
que si huyeron las sombras
no hay que temer!
Voy á atreverme
pasito á paso,
con gran sigilo,
con gran cuidado,
hasta la puerta
voy á avanzar;
mas las rodillas
temblar me siento...
¿Si será el frio?
¿Si será el miedo?
¿Si entrambas cosas

tal vez serán?

—

En fin, voy á lanzarme
y ello dirá.
Pues me encuentro tan cerca
no hay que tem... ¡Ah!
(Retrocede sobresaaltado al oir el coro, y escucha.)

—

CORO DE CABS. (Lejano.)
Silencio, silencio;
despacio avanzad.

SANCHO. Parece que hablan...
¡Oh Dios! ¿qué será?

CORO. (Mas cerca.)
Silencio, silencio;
despacio avanzad.

SANCHO. No hay duda, me siguen
y encima estan ya.

CORO. (Mas cerca.)
Silencio, silencio;
despacio avanzad.

SANCHO. Aqui estan... ¡Ah!

—

Ya veo magas y hechiceras,
y gigantes y quimeras,
que con voces, con ahullidos,
con blasfemias y ladridos,
con estrépito infernal;
sobre sierpes cabalgando
y conjuros mil lanzando,
me aprisionan, me apalean,
me pellizcan, me mantean
como hicieron dias atrás.

—

(Despues de un momento de irresolucion.)
En fin, yo me atrevo.
En manos de Dios
me pongo, y á ello.
Á la una, á las dos...
¡Á esta!
(Corre hácia la puerta de la venta, y el coro, que se ha ido aproximando cautelosamente, se echa en-

cima y le detiene, llevándole al proscenio.)

CORO. Detente.
SANCHO. Ya no hay remision.
CORO. Acércate, y á cuanto
de tí quieran saber
contesta.
SANCHO. Pero...
CORO. Escoge:
morir ó responder.
SANCHO. Pues que me lo rogais
de un modo tan cortés,
podeis ir preguntando,
que yo os contestaré.
CORO. Á lo que preguntemos
no basta responder.
Verdad has de decirnos.
SANCHO. Lo juro por mi fé.

HABLADO.

SANCHO. (De nuevo el temblor me asalta.
Dios me tome el susto en cuenta.)
CAB. 1.° ¿Hay mucha gente en la venta?
SANCHO. ¿Gente en la venta? No falta.
CAB. ¿Pero hay mucha?
SANCHO. ¿Dónde?
CAB. Allí,
en la venta, perillan.
SANCHO. Todos en la venta estan,
menos yo, que estoy aqui...
Pero si me dais permiso...
(Hace ademan de irse.)
CAB. ¡Quieto aqui! ¿Estan acostados?
SANCHO. Habrá algunos levantados.
CAB. ¿Sabes por qué?
SANCHO. ¿Yo? Preciso...
por falta de sueño.
CAB. ¡Tuno!
¿Te estás mofando?
SANCHO. ¿Quién? ¿Yo?
CAB. ¡Vive Cristo!...

SANCHO. ¡Quieto! No...
yo diré... Como ninguno
me dice á mí... ¡Ya se vé!...
Y como hay quien... Por supuesto...
prefiere el estar... ¿No es esto?
Resulta que... no lo sé.
CAB. ¿Y los que velan, estan
en sus cuartos?
SANCHO. De contado,
los que los tienen pagados,
que los que no, no estarán.
CAB. ¿Hablas mas claro, ó deseo
tienes de que te sacuda?
SANCHO. ¡Oh! no, no. (Vamos, no hay duda,
esto termina en manteo.)
CAB. Dínos qué clase de gente
hay.
SANCHO. Son legos, estudiantes,
licenciados, traginantes...
comparsa toda inocente,
y que no os harán, señores,
ningun mal.
CAB. Calla, hablador.
SANCHO. Ya callo. (¡Qué buen humor
gastan los encantadores!)
CAB. ¿Y no hay mujeres?
SANCHO. (¡Oh suerte!
me das la venganza cierta.)
Si, señor; hay una tuerta
y á quien debeis darle fuerte.
Fuerte: no le ha de quedar
ninguna costilla sana.
(Á ver si le queda gana
de volverme á mantear.)
CAB. ¿Vino hoy una dama?
SANCHO. Si.
CAB. ¿Sabes dónde se aposenta?
SANCHO. ¿No he de saberlo?
CAB. Pues cuenta.
¿En qué sitio duerme?
SANCHO. Allí.
CAB. ¿En dónde?

SANCHO. En la venta.
CAB. Á fé
que quiere el rufian burlarse.
SANCHO. No, no hay por qué incomodarse:
yo las señas les daré.
Estadme atentos. Á un paso
(Con misterio. Todos se agrupan á su alrededor y escuchan con avidez)
de la puerta... ó del portal,
hay un patio... ó un corral,
es lo mismo para el caso.
CAB. Prosigue.
SANCHO. A distancia corta
hay una puerta, y enfrente
un cuarto en que duerme gente.
CAB. ¡Voto vá á Judas!
SANCHO. No importa:
perro que come no ladra.
Forzais la puerta... esto es hecho,
y os entrais todo derecho.
CAB. ¿En su cuarto?
SANCHO. No; en la cuadra.
CAB. 1.º ¡Rufian!
OTRO. ¡Tunante!
OTRO. ¡Bribon!
OTRO. Voy á apalearte.
OTRO. Duro.
SANCHO. (Me asesinan de seguro...)
Señores, por compasion...
Yo mas quisiera saber;
pero jamás osé ir
sino á la cuadra á dormir
ó á la cocina á comer.
UNO. (De los dos que se han quedado observando en el fondo.)
Se oye gente...
CAB. 1.º Si alguien habla...
huir, ó todo es perdido.
Bribon, de pies has nacido.
SANCHO. (Me he salvado en una tabla.)
(Al retirarse el coro se abre la puerta de la venta y salen el Cura y el Barbero, que quedan un breve

rato detenidos hablando entre sí.)

ESCENA II.

SANCHO, CURA y BARBERO.

SANCHO. Si charlo soy hombre muerto...
Tomo mi partido y callo,
que á quien calla no le ahorcan,
y al buen callar llaman Sancho.
Esto se ha dicho por mí.
CURA. ¡Hola! (Tocándole en el hombro.)
SANCHO. ¡Otra vez!... ¡Cielo santo!
(Retrocediendo,)
CURA. ¿Qué haceis aqui, Sancho amigo?
SANCHO. ¡Ah! Es el Cura... (Malo, malo...
Me harán hablar...) Yo... pues... nada...
(Está decidido, no hablo.)
CURA. Vaya, Sancho, ¿tienes miedo?
SANCHO. ¿Cómo miedo? Ni pensarlo.
BARB. Si temblais...
SANCHO. Bien puede ser,
no diré yo lo contrario,
que hace un frio del diantre...
CURA. ¿Y don Quijote?
SANCHO. Rondando.
CURA. ¿Y cómo vos, su escudero,
le abandonais? Es extraño...
SANCHO. No es sino puesto en razon:
yo el honor de nadie guardo,
y no se ha hecho la miel
para la boca del asno.
BARB. Mas ¿cómo os dejó venir?
SANCHO. No costó poco trabajo.
BARB. ¿Y aun está?...
SANCHO. Tras esas bardas
sereno y frio, papando
á lomos de Rocinante
y armado de punta en blanco.
CURA. Id por él, que convencerle
prometemos.
SANCHO. Es el caso

que...

BARB. ¿Teneis miedo?

SANCHO. Señores,
de casta le viene al galgo...
Mi padre no fué valiente...

CURA. Id, Panza, que aqui quedamos,
y está cerca don Quijote.

SANCHO. (Pues que no hay excusa, Sancho,
haz de tripas corazon.)

ESCENA III.

CURA, BARBERO.

BARB. Mucho temo que el hidalgo
se resista.

CURA. Fácilmente
cualquier pretexto fraguamos
Lo que importa, amigo mio,
es que no haya algun obstáculo
que nos impida...

BARB. No habrá.

CURA. Preciso es asegurarnos,
que si este plan como el otro
fracasa, Dios sabe cuándo
ha de volver á la aldea.

BARB. Descuidad. Mas yo no hallo
mucho peligro en que pase
entera la noche al raso.

CURA. ¿No oisteis decir que andaban
por estos contornos varios
bultos?

BARB. Si.

CURA. Serán sin duda
secuaces de don Fernando.
Si los encuentra...

BARB. Tenemos
aventura para rato.

ESCENA IV.

DICHOS, SANCHO, D. QUIJOTE, montado en rocinante.

QUIJ. Sostenme, Sancho, el estribo,
que pues me lo ruegas tanto, (Se apea.)
hablaré á esos mensajeros.
Ten de la brida al bizarro
rocinante, que este potro,
fogoso aun mas que gallardo,
es capaz...
SANCHO. De caerse muerto.
QUIJ. ¿Qué dices?
SANCHO. Que estoy al cabo.
QUIJ. Salud, señores.
CURA. Salud
al mas apuesto y mas bravo
caballero andante.
QUIJ. ¡Basta!
Ya vuestro mensaje aguardo.
CURA. La hermosa y noble princesa
que habita en este palacio
rendidamente os suplica
que os entregueis al descanso.
QUIJ. ¡Oh! No, señor capellan.
CURA. El dia está ya cercano
y pasó todo peligro.
Ademas, es su mandato.
QUIJ. Pues mi señora lo manda,
á obedecerla obligado
me encuentro, por ser quien soy.
CURA. Pues vamos adentro.
QUIJ. Vamos.
SANCHO. Yo te contaré, mi rucio,
mis miedos y sobresaltos,
que tú guardas mis secretos
y á mí me matan si hablo.
(Entran en la venta y á poco sale el Coro.)

ESCENA V.

CORO DE CABALLEROS.

CANTO.

¡Chist!... Callad, callad, se alejan
y por nuestro el campo dejan...
Quedo, quedo...
Con sigilo y con denuedo
avanzad.
Á lucir vá ya la aurora:
sonará pronto la hora.
Chito, chito,
y la presa en el garlito
caerá.

—

No llega don Fernando
y es hora ya.
(Suena dentro una trompa.)
Pero callad. ¿Oisteis?
Es su señal.
(El Coro contesta á la seña.)

—

Ya que todos se alejaron
y al fin libres nos dejaron,
quedo, quedo:
gran sigilo, no haya miedo
y esperad.
Llegó al fin la ansiada hora,
á lucir vá ya la aurora...
Chito, chito,
y la presa en el garlito
caerá.

ESCENA VI.

DICHOS, D FERNANDO.

FERN. Muy bien, señores. Aqui

me place ver á mi gente
reunida. ¿Está corriente
cuanto yo dispuse?

CAB. 1.º Si.

FERN. ¿Y Cardenio, recibió
mi carta?

CAB. Uno disfrazado
llevó el papel y el recado.

FERN. ¿Y qué respuesta le dió?

CAB. Que puntual aqui estaria
antes de rayar la aurora.

FERN. Ya está cercana la hora,
y lo celebro á fé mia.
¿Y del aposento de ella,
teneis noticias?

CAB. Ninguna:
fué diligencia importuna,
sin fruto.

FERN. (¡Pese á mi estrella!)

CAB. Logramos interrogar
á un hombre... pero perdido
fué todo... Se oyó ruido
cuando empezó á contestar
y le dejamos.

FERN. Espero
que nada perdido esté,
si las órdenes que dé
se obedecen.

CAB. Caballero,
nuestra obediencia contad
por segura.

FERN. La he contado,
y siempre vivo fiado
en vuestra mucha lealtad.
Que el dia pronto á nacer
no luzca sin ser testigo
de que venzo á un enemigo
como robo á una mujer.

ESCENA VII.

DICHOS, DOROTEA disfrazada de hombre y embozada en una capa.

FERN. Se vé un bulto... ¿Quién vá allá?
DOR. Uno á quien cita se dió.
FERN. ¡Pues caballero, soy yo
quien esperándoos está!
DOR. Lo inferí.
FERN. Podeis seguirme:
los momentos urgen.
DOR. Cierto;
pero que vengo os advierto
con uno solo á batirme.
FERN. ¿Pensais acaso de mí?...
DOR. No tal; mas juzgo prudente
que se retire esa gente,
porque está de sobra aqui.
FERN. Apartad

ESCENA VIII.

DICHOS, menos el CORO.

DOR. De todos modos
no eludiera la cuestion,
porque tengo corazon
para batirme con todos.
FERN. Altivo sois.
DOR. Puede ser.
FERN. Y algo audaz por vida mia.
DOR. Hace cobrar osadia
de la razon el poder.
FERN. La lengua aqui para nada
usarse debe en rigor,
que las cuestiones de honor
se ventilan con la espada.
¡Seguidme, por Barrabás!
No seais de lengua atrevido,
que el hombre que es bien nacido

habla menos y obra mas.
Vuestro labio me injurió
cuando no quise mataros,
y ahora pretendo probaros
si soy un cobarde ó no.

DOR. ¿Y cómo en este momento
no temblais en mi presencia?
¿No se alza en vuestra conciencia
un sordo remordimiento?
¿No ha de ofrecer un abrigo
ese corazon de hielo,
ni de una mujer al duelo
ni al enojo de un amigo?

FERN. ¡Amigo! Nunca lo fué
quien torpe me ultraja asi:
y ni aun sé cómo le oí
y ciego no le maté.
¡En guardia! Brille ese acero,
(Desnudando el suyo.)
y uno de los dos muramos.

DOR. Ved que cerca nos hallamos
de la venta, y yo no quiero
que impedirnos puedan...

FERN. No;
y observad que en la partida
uno ha de perder la vida.

DOR. ¿Qué importa perderla yo?
Antes que tu espada sea
la que atraviese mi pecho,
ven y juzga mi derecho.
(Conduciéndole al pié del retablo donde se desemboza.)
¿Me conoces?

FERN. ¡Dorotea!

CANTO.

FERN. (¡Es ella!) Y bien, señora,
¿qué dice ese disfraz?

DOR. ¿Pues qué, no lo presumes?
Escucha y lo sabrás.

Para que esposo
seas de Lucinda,
faltan dos muertes,
sobran dos vidas;
el dueño de una
tu amigo fué,
la otra, Fernando,
la mia es.

FERN. ¿Y bien?

DOR. Y bien.

—

Pues solo si muero
dichoso has de ser,
mi vida te ofrezco
rendida á tus pies.
Desnuda la espada,
ven, hiere, que al ver
que tú el golpe asestas,
feliz moriré.
¡Oh! ven. ¡Oh! ven.

—

FERN. (¿Qué encanto suavísimo,
qué oculto poder
tendrán esas lágrimas
que vierte á mis pies?
¿Por qué, orgullo mio,
responde, por qué
en lucha con ellas
te dejas vencer?)
¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

—

Levanta, Dorotea;
levanta y que mis labios
esas preciosas lágrimas
recojan de tus párpados.

DOR. ¡Oh Dios!

FERN. Si, ven, hermosa.

DOR. ¿Es cierto?

FERN. Es cierto, ven,
y por piedad perdóname.

DOR. ¿Yo perdonarte? ¿Y qué? (Se abrazan.)
Prométeme tan solo

en prenda de tu amor,
para Lucinda olvido;
para Cardenio...

FERN. ¡Oh!

(Rechazándola y como herido de una idea de venganza.)

¡Lucinda!... ¡Aparta... Aparta!
¡Lucinda!

DOR. ¡Santo Dios!
¿Qué tienes?

FERN. ¡Ah insensato!
Llegué á olvidar mi honor...
¡Ah! No.



FERNANDO.

Juré el hacerlo un dia
y al fin se cumplirá.
Lucinda será mia,
Cardenio morirá.
¡Atrás!
¡No te conozco! ¡Atrás!

DOROTEA.

Tambien juraste un dia
mi amor nunca olvidar,
y ahora en mi agonia
gozando cruel estás.
¡Piedad!
No me conoces... ¡Ah!

(Poco antes de concluirse el precedente duo, sale Cardenio y queda retenido observando.)

ESCENA XI.

DICHOS, CARDENIO.

CARD. Grande hazaña por mi vida.
Allí una dama robar,
y aqui villano ultrajar
á una mujer desvalida.

DOR. } ¡Ah Cardenio!
FERN. } ¡Cardenio!

CARD. El mismo soy.
¿Estás de pavor temblando?

FERN. ¡Nunca!

CARD. Á vengar, don Fernando,
su afrenta y mi agravio voy.
¡En guardia!

FERN. ¡Sí, por mi honor!
CARD. Cierta la muerte hallarás.
(Cruzan las espadas. Dorotea se interpone y ambos la rechazan. D. Fernando hace saltar la espada de Cardenio.)
DOR. ¡Teneos por Dios!
FERN. ¡Atrás!
CARD. ¡Ah! ¡Desarmado! ¡Oh furor!

CANTO.

DOR. ¡Oh! ¡Tente!
FERN. Sí: no quiero,
pues desarmado está,
teñir mi acero en sangre.
CARD. Matadme por piedad.
¡Matadme!
FERN. Y con tu muerte
¿qué puedo yo ganar?
Al fin Lucinda es mia.
DOR. ¡Fernando!
CARD. Eso jamás.
FERN. Verás.
(Toca la trompa de caza y acuden los caballeros.)

ESCENA X.

DICHOS, CORO DE CABALLEROS.

FERN. Al punto de la venta
los muros escalad.
DOR. y CARD. ¡Fernando!
FERN. ¡Ya sabeis
mis órdenes!

ESCENA XI.

DICHOS, LUCINDA, que aparece en la puerta de la venta con una daga en la mano.

LUC. ¡Atrás!!

TODOS. ¡Ah!
LUC. Todo lo he oido.
Tuya es su vida,
y con la suya
tambien la mia;
mas no es la vida
la voluntad.
Y si á una dama
cual yo en su fama
quereis manchar,
mal, don Fernando, me conoceis,
porque primero la que aqui veis
morir sabrá.

Á UN TIEMPO.

LUC. Cardenio mio, tú morir debes;
(Echándose en sus brazos.)
mas yo contigo quiero morir.
CARD. Lucinda mia, yo morir debo;
mas huye y déjame solo morir.
DOR. Cual yo te adoro, ella le adora.
Fernando, duélete de ella y de mí.
FERN. (Orgullo mio, ven en mi ayuda,
ven estas lágrimas á combatir.)
CORO. Con una seña que nos hagais
nos hallaremos lejos de aqui.

HABLADO.

FERN. Basta, basta. Por mi honor
que ser noble he de saber
y nadie me ha de vencer
en grandeza ni en valor.
Aunque cual humo se pierde
mi lisonjera esperanza,
soy noble leon que avanza,
no bajo reptil que muerde.
Preciándome de valiente,
nada se me dá por nada:
ni evito el cruzar mi espada,

ni á nadie inclino la frente.
No conozco ley ni fuero:
nada á intimidarme llega;
todo ante mí se doblega
con solo decir «lo quiero.»
Mas viendo en vosotros hoy
tan elevado heroismo,
me he replegado en mí mismo
para recordar quién soy;
y veo con emocion
que aunque es grande mi fiereza,
á nadie cedo en grandeza
de alma y de corazon.
No habeis de dejarme atrás
cuantos os hallais aqui.
Yo soy orgulloso, si;
pero villano, jamás.
Tengo á tu vida derecho,
mas no te quiero matar;
que aun puedes dicha alcanzar
de un buen amigo en el pecho.
(Abraza á Cardenio.)
Lucinda, para quien yo
llegué á hacerme tan odioso,
vuelva al lado de un esposo
que el cielo le destinó.

TODOS. ¡Fernando!

FERN. Y tú, Dorotea,
dá al olvido mis desmanes;
justo premio á tus afanes
mi mano de esposo sea.

DOR. ¡Fernando mio!

FERN. Ahora yo
declaro que cedo aqui
voluntariamente, si;
pero por la fuerza, no.

LUC. Es igual: nuestro placer
término nunca tendrá.

FERN. Ni el mio, pues cumplí ya
con el amor y el deber.
(Se oye dentro un canto muy lejano, como el preludio del coro que sigue.)

(Se oye en el interior de la venta el coro siguiente con acento lúgubre y misterioso. Cuando termina salen los personajes precedidos de Sancho.)

MUSICA.

CORO. Miserere, miserere
de este noble paladin.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, CURA y gente de la venta que sale rodeando á SANCHO. Este trae el rucio del cabestro y aparece con aire asombrado y volviendo la cara atrás.

TODOS. ¿Qué pasa de nuevo?
Buen Sancho, decid.
¿Qué pasa de nuevo?
SANCHO. ¿Qué pasa? ¡Ay de mí!
Oid.
TODOS. Decid.
SANCHO. Oid, si me es posible
con tanto miedo hablar.
Oid, si es que teneis
valor para escuchar.
TODOS. Hablad.

(Todos rodean á Sancho, y en tanto que este habla se hacen signos de inteligencia y se dicen algunas palabras al oido.)

SANCHO. Durmiendo á pierna suelta
estaba mi señor,
y si él recio roncaba
mas recio lo hacia yo.
Cuando de pronto
triste se oyó
un gorigueo,
y de rondon
allí un fantasma
se nos entró.
TODOS. ¡Jesus! ¡Qué horror!

ANCHO. Tras él entraron
dos y otros dos,
y cuatro y ciento,
y hasta un millon.
Luego la turba
nos rodeó.

TODOS. ¿Y en qué paró?

SANCHO. En que encantaron
á mi señor,
y en que á mis piernas
debo y á Dios
el estar libres
mi burro y yo.

TODOS. ¡Jesus! ¡Qué horror!

CORO. (Mas cerca)
Miserere, miserere
de este noble paladin.
Resignados acatemos
los decretos de Merlin.

ESCENA ÚLTIMA.

Vuelve á abrirse la puerta de la venta y comienza á desfilar una procesion de fantasmas, vestidos de blanco y con hachas encendidas. El **BARBERO**, disfrazado tambien, los precede y dirige, llevando el compás de su canto, y detrás de todos, sobre unas andas y dentro de una jaula de madera, traen á **D. QUIJOTE. MARITORNES**, el **VENTERO** y algunos otros se asoman con candiles á las ventanas de la casa. **SANCHO**, al decir los últimos versos, monta en el rucio y sigue á su señor sollozando.

TODOS. (Menos los fantasmas.)
Bizarra ocurrencia,
idea feliz.

SANCHO. ¡Oh Dios! Me persiguen...
¿Qué hacer? ¡ay de mí?

BARB. Compás y mesura.
Mas lúgubre: asi.

CORO. Miserere, miserere, etc.

QUIJ. Adios, adios, Sancho amigo;
ya es inútil mi valor.
No hay poder contra un conjuro.

Adios, Sancho amigo, adios.

SANCHO. ¡Pobre señor! ¡Pobre señor!
Ven, rucio, ven y sigámosle,
que ingrato no he de ser yo.

TODOS. ¡Pobre señor!
El cielo quiera apiadado
volverle al fin la razon.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado este zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 10 de Octubre de 1859.

El censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

ie los años mil:..
antesala.
y Eloisa.
á la orilla.

ie odio y amor.
del alma.
spues de la muerte.
cazador...
quieren las cosas.
sueño.
e cuervos.
herencias.
oder y pelucas.
r señas.
la letra.
y modernos.
á un moso é verdá.
e á la orilla!

viaje.
., *drama heróico*
e reinas.
flamenca.
aal adquiridos

is y Guevara.
ayas.
ades.
os gotas de agua.
on y sin razon.
rompen palabras.
ar con buena suerte.
, parientes y amigos.
iablo á cuchilladas.
ores políticas.
es.

X y los Hugonotes.
castigo.
cortijo.
yor.

agravios y ninguno.

rinos contra un tio.
ces es la fortuna.
s sin padre.
Segundo y Quinto.
cho el Bravo.
nardo de Cabrera.
stas.
rrientes, segunda parte
e San Roman.
s.

y la moda.
ea!
gas de camisa.
no cae... resbala.
perdido.
rita.
de aldea.
r y el rascar....
rc negro.

El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
Esperanza.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
Espinas de una flor.
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Caballero del milagro.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
Echarse en brazos de Dios.
El alma del Rey Garcia
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El hijo pródigo.
El payaso.
El amor y el interés.
Este cuarto se alquila.
El Patriarca del Turia.
El rey del mundo.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo de Amberes
El ciego.
El ultimo vals de Weber.
El traspaso.
Escenas nocturnas.
El laberinto.
El gitano aventurero.
El solteron.
El vértigo de Rosa.
Echar por el atajo.
El reló de San Plácido.
El clavo de los maridos.
El bello ideal.
El hongo y el miriñaque.
El rey de bastos.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
¡Flor de un dia!
Flor marchita.
Funesta casualidad.

Grazalema.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Glorias de España, ó conquista de Lorca.
Glorias mundanas.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Honrado y criminal á un tiempo.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Julieta y Romeo.

Los Amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles ó la linda vivandera.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
Llueven hijos.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La Banda de la Condesa.
La Esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La Gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las Flores de Don Juan.
Las Apariencias.
Las Guerras civiles.
Lecciones de Amor.
Las dos Reinas.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
Las Prohibiciones.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La bondad sin la experiencia.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La vida de Juan Soldado
Las querellas del Rey Sabio
La oracion de la tarde.
La llave de oro
La Providencia.
Los tres Banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La cruz en la sepultura.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
Los tres amores.
La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
La pluma y la espada.
La Vaquera de la Finojosa.
La flor del valle.
Los pobres de Madrid.
Libertinaje y pasion.
Libertad en la cadena.
La planta exótica.
La paloma y los halcones.
Las mujeres.
La gratitud y el amor.
¡Llegó en martes!!
La gratitud de un bandido, tercera parte de Diego Corrientes.
La batalla de Covadonga.
La estrella de la esperanza.
Los lazos de la familia.
La mariposa.
Los quid pro quos.
La cuenta del zapatero.
La mala semilla.
La huella del pecado.
La cuenta del zapatero.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mariana Labarlú.
Mucho ruido y pocas nueces.
Martin Zurbano.
Mocedades.
Marta y Maria.
Mentiras dulces.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es oro todo lo que reluce.
Nuevo método de buscar marido

Olimpia.
Ocho mil doscientas mujeres por dos cuartos.

Paco y Manuela.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Por una hija!...
Propósito de enmienda.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin
Poderoso caballero es D. Dinero.
Por la boca muere el pez.
Paco y Manuela.

Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
Quién viv.!!
¿Quién es el autor?

Rival y amigo.

Su Imágen
Similia similibus curantur, ó un clavo saca otro clavo.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Se salvó el honor.
¡Solo en el mundo!!

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.
Tres damas para un galan.

Un amor á la moda.

Una conjuracion femen
Un dómine como hay
Un pollito en calzas pri
Un huesped del otro mu
Una venganza leal.
Una coincidencia alfab
Una noche en blanco.
Un par de guantes.
Una ráfaga.
Uno de tantos.
Una noche en Trijueque
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marid
Un dia de prueba.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrer
Una mentira inocente
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Una broma de Quevedo.
Un si y un no.
Una Vírgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Un señor de horca y cuc
Una equivocacion.
Un retrato á quema ro
Un cuerdo loco y un loco

Ver y no ver.
Verdades amargas

Zamarrilla, ó los bandid Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
Aidé.
Azon Vizconti.
A cual mas feo.
Buenas noches, vecino.
Beltran el aventurero.
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Citas, enredos y bromas, ó el carnaval de Madrid.
Cosas de D. Juan.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
Cegar para ver.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
D. Sisenando.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El Vizconde.
El perro del hortelano.
El secuestro de un difunto.
El lancero.
El delirio (drama lírico).
El mundo á escape.
El novio pasado por agua.
El diablo en el poder.
El esclavo.
El relámpago.
El Vizconde de Letorieres.
El capitan español.
El último mono.
El leon en la ratonera.
El Zuavo.
Farinelli.
Guerra á muerte.
Giralda.
Juan Lanas.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*La música.*)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en palacio
La Dama del Rey.
La Colegiala.
La espada de Bernardo.
La caceria real.
Los conspiradores.
La huérfana.
La Jardinera.
La hija de la Providencia
La Roca negra.
Los jardines del Buen Re
Loco de amor y en la cór
Los diamantes de la Coro
La pensionista.
La guerra de los sombrer
La venta encantada.
Mateo y Matea.
Mentir á tiempo.
Marina.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por conquista.
¡Quien manda, manda
Simon y Judas.
Tres madres para una hij
Tres para una
Un sobrino.
Un dia de reinado.
Un picito.
Un cocinero.
Una guerra de familia.
Un Zapatero.
El dominó azul.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm cuarto segundo de la izquierda.